

El «casi» galante de Gómez Carrillo

El primer escritor en español que alcanzó fama internacional fue el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), amigo de Verlaine y Oscar Wilde en París, creador de la crónica literaria en español y sobre todo viajero, seductor y espadachín.

POR FERNANDO IWASAKI

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, nadie fue más famoso que Enrique Gómez Carrillo en los ambientes artísticos y literarios de París, Madrid y Buenos Aires. Primero, por su centenar de libros; segundo, por sus exóticas crónicas sobre Tokio, El Cairo, Siria y Palestina; tercero, por todas las mujeres que lo amaron (Mata Hari, Georgette Leblanc, Raquel Meller, etc.) engrandeciendo su leyenda y —finalmente— por los más de treinta amaneceres que lo contemplaron batiéndose a duelo en el Bois de Bologne o en el Retiro de Madrid. Gómez Carrillo era un golfo genial aunque también un canalla, pues vivió a sueldo del dictador Estrada Cabrera —*El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias, a quien por cierto engañaba imprimiendo artículos ditirámicos que el tirano imaginaba publicados en periódicos de toda Europa.

Autor de un artículo que cambió la forma de escribir de los narradores españoles —«El arte de trabajar la prosa» (1905)—, Gómez Carrillo se regodeaba publicando libros sobre las mujeres que lo habían amado o acerca de la forma en que hacían el amor las mujeres de Japón, Rusia, Grecia o Egipto. O sea, lo normal que cualquiera hubiera escrito para poder comerse algún roscón en España. Así, en su bibliografía encontramos títulos como *El libro de las mujeres* (1909), *Mujeres cosmopolitas* (1919), *El segundo libro de las mujeres* (1921), *El evangelio del amor* (1922) o *En el reino de la frivolidad* (1923), entre otros que lo barnizaron de miradas en los salones parisinos y en los estrenos madrileños. Como sería de bárbara la cosa, que hasta el polígamo de Eduardo Zamacois lo envidiaba.

Enrique Gómez Carrillo no quiso privarse de los encantos de nuestras paisanas y así, en *Mujeres cosmopolitas*, descubrimos que la *plaque* se divide en cuatro capítulos: I. Geishas, II. Inglesas, III. Orientales y IV. Sevillanas. A Gómez Carrillo le encantaban las sevillanas, porque ya en un rarísimo libro anterior —*Entre encajes* (1905)— había dedicado un capítulo a «El prestigio voluptuoso de las sevillanas», donde sentenció

rotundo: «Las mujeres de otros países también son divinas. Pero no lo son del mismo modo. Y sobre todo, no lo son en Sevilla». ¿Y cómo era la mujer sevillana según Gómez Carrillo? Le cedo la palabra al maestro: «Amorosa sin vicio, voluptuosa sin estudio, casi sagrada, casi casta, hierática y serpentina, llena de promesas, llena de sonrisas, ligera como un torbellino». ¿No es más galante decir «casi casta» que «totalmente» otra cosa?

Sin embargo, el guatemalteco —que sólo había conocido las fiestas mayores de la primavera— regresó por Sevilla en un otoño sin año, descubrió una ciudad completamente nueva y tuvo la clarividencia de plasmar esas impresiones en *Vistas de Europa* (1919), donde hallamos un capítulo titulado «Sevilla y su encanto», que comienza así: «La Sevilla que yo vi en días de feria, y que dejó en mi alma una imagen adorable de locura, no se parece a la que ahora me seduce. “Sevilla, Sevilla”, decíame, a veces, en mis noches de nostalgias remotas. Y al conjuro de esta palabra mágica, un panorama de oro, de púrpura y de zafiro aparecía ante mis ojos alucinados. ¿Me preguntáis qué panorama es ese? Pues el que ven todos los extranjeros: el panorama universal de los cromos de pandereta».

Gómez Carrillo contempló a los sevillanos en el tajo y quiso debelar la postal flamenca y haragana que tanto irritó a los maestros del 98: «Yo me figuraba a Sevilla perezosa y febril, ocupada en gastar sus nervios cantando, bailando, gesticulando, discutiendo, pero incapaz de una labor seria. ¿Por qué? En parte por el recuerdo de los días

de feria; en parte, también, por culpa de los poetas de la tierra, empeñados, como los novelistas parisienses, en no hacer ver sino lo pintoresco, que muy a menudo es lo convencional de cada pueblo. Pero hoy la realidad de la vida cotidiana se impone y me obliga a vencerme de que, lejos de tener un alma de dejadez vocinglera, esta ciudad es tranquila, es risueña, es cortés, más cortés que ninguna otra de España, y, además, es laboriosa».

A uno le conmueve el fervor con que Gómez Carrillo asumió la defensa de Sevilla: «hay una Sevilla de la que no se tiene idea en el resto del mundo, ni siquiera en el resto de España. Decid en Madrid: “La existencia sevillana es tan laboriosa como la vuestra, tan europea como la vuestra, tan intelectual como la vuestra”, y se echará a reír la gente, Porque la gente que se figura, en cuanto oye decir Sevilla, que el cromo de una pandereta va a animarse en una atmósfera de fuego. Y, sin embargo, es verdad que, con una elegancia coqueta que se complace, lo mismo que la de los parisienses, en hacer creer que lo único im-

portante es sonreír, soñar, admirar a las mujeres y decir bromas, los sevillanos trabajan con el cerebro y con los brazos, y son muy formales siendo muy galantes, y son muy activos siendo muy finos, y mientras el mundo les cree sólo ocupados en cultivar la poesía de las coplas, se consagran a la prosa de los olivares, de las dehesas, de las fábricas, de los talleres, del puerto... y también a la del estudio».

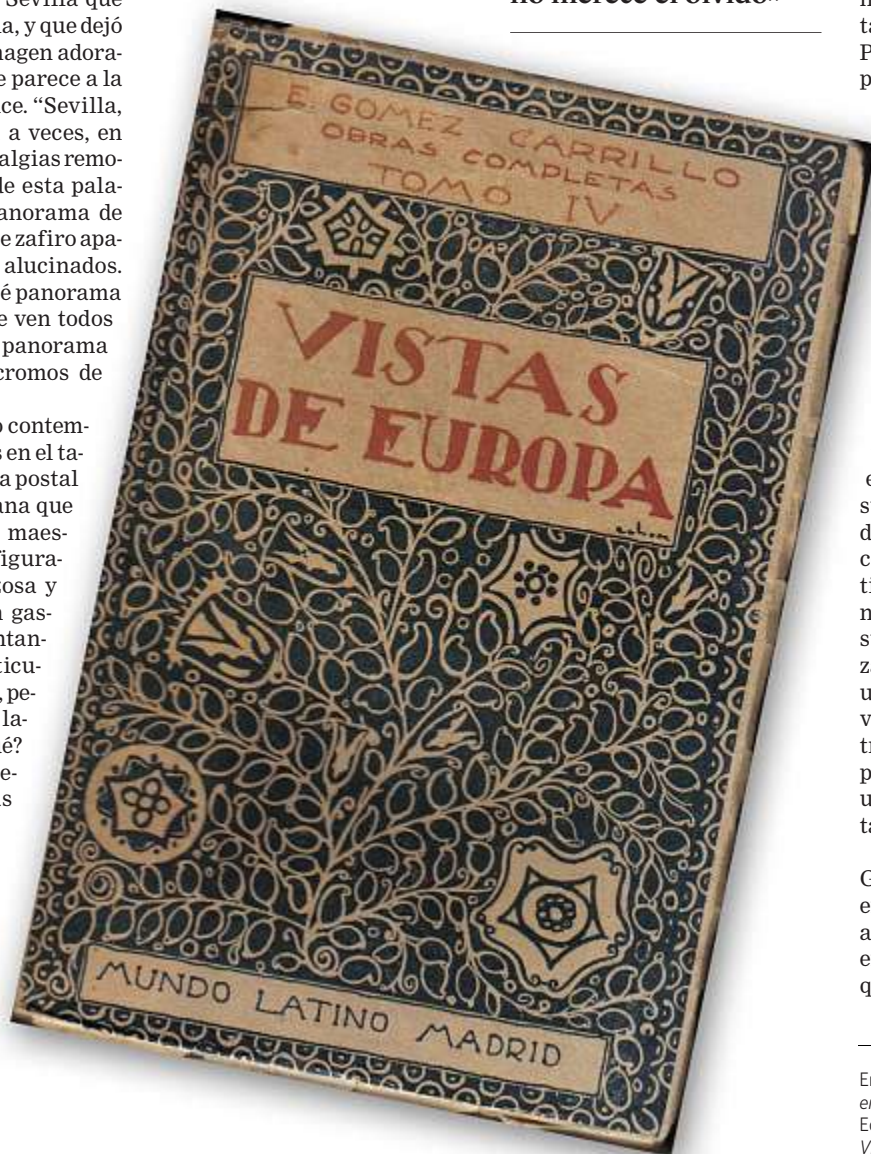
Al parecer, Gómez Carrillo pasaba tardes enteras en un café cualquiera de la calle Sierpes, en compañía del escritor José Nogales, a quien le hablaba de París, de Wilde y de Verlaine, a cambio de recibir en la voz del onubense la explicación de los hechizos y parado-

«Según Gómez Carrillo, la sevillana es “Amorosa sin vicio, voluptuosa sin estudio, casi sagrada, casi casta”. Sólo por aquel “casi” Gómez Carrillo no merece el olvido»

jas de Sevilla. Así, en posesión de aquellas claves, el guatemalteco cerró aquel capítulo con un alegato que me alegra rescatar del olvido: «El señor Monipodio ha muerto, y su Sevilla también. La que yo enseñé, es otra Sevilla, es la tierra de María Santísima, la ciudad que todos deben ver antes de morir, para no irse con remordimientos al otro mundo. En días como los actuales, que no son de luto ni de jolgorio, que son días de fiesta y de trabajo a la vez, días de sol que no incendia pero que alegra, días sevillanos, en fin, es cuando hay que ver esto. La puerta que os abro, aunque no tiene la grandeza histórica del antiguo arco imperial de Triana, hace, con su solo nombre, que las verdaderas evocaciones andaluzas comiencen a encantarnos. Es la puerta de la Macarena, la puerta por donde entran los fieles de la Virgen del pueblo, la alegre puerta, perpetuamente sonora de cascabeles de mulos y de risas de niños. Luego, aquella calle ancha y larga, algo polvorienta y muy silenciosa, es nada menos que la de San Luis. Vamos por ella y veremos la fachada de Santa Marina, tan venerable en su vetustez gótica, tan austera en su perfección... Pero no os detengáis ante esas piedras... Llegad hasta Santa

Catalina, bajad por la Apodaca, recorred toda la población, observad, oid y, sobre todo, sobre todo, olvidad lo que habéis leído en las novelas... La Sevilla que ahora veis, es, sin duda, menos bulliciosa, menos llena de claveles, menos sonora de guitarras, que la de cualquier caja de pasas... Mas no por eso menos bella. ¡Qué digo! Al contrario, en su gracia verídica encontraréis un atractivo tan suave, tan fino, tan noble, que de seguro no os atreveréis a compararlo con el encanto exótico de las poblaciones levantinas que ríen con sus bocas sensuales en los marcos de los bazares, sino que la pondréis en un rincón muy escogido de vuestras visiones íntimas, entre una imagen de Florencia, pintada por Anatole France y un aguafuerte de Toledo, ejecutada por Maurice Barrés...».

Me hace ilusión pensar que Gómez Carrillo vino a Sevilla en primavera para conquistar a una mujer y que al regresar en otoño para repetir fue conquistado por la ciudad.



Enrique GÓMEZ CARRILLO: *Entre encajes*, prólogo de Max Nordau, Casa Editorial Sopena (Barcelona, 1905). *Vistas de Europa*, Mundo Latino (Madrid, 1919)